

# Cuenca utópica

Autor: El arte de khantu / María Soledad Sarmiento Delgado



Imagen tomada de <https://bit.ly/2BgGPfY>

Un día como cualquier otro, caminando a hurtadillas por los escombros que quedan en una ciudad desgraciada, gris y polvorienta por disparos, gritos y explosiones; mientras intentábamos encontrar un camino de regreso a casa, se escuchó una voz temerosa y blanda que relataba locas historias de juventud de un hombre que conoció la libertad, en cada inflexión que hacía, mi abuelo, intentaba dibujar en mi mente todos los detalles que iban apareciendo en el relato para aferrarme a un recuerdo construido por alguien más y así poder escapar cuando el cansancio me pesara más que el hambre.

Cuando dejaba que se extendiera al contar su vida, encontraba cierto placer nostálgico en sus ojos, pero no solo causaba emociones en él, pues, al escuchar lo increíble que era la ciudad en esa época y compararla con el infortunio en la que vivíamos, me llenaba de la más miserable envidia, además

confirmaba mi idea sobre la felicidad, de los que aún la tienen, los viejos que se aferran al pasado y a sus buenos recuerdos, pues ellos pueden dejar la realidad e imaginarse una vida fuera de ella.

Ese día decidió contarme cómo era la ciudad y los habitantes antes de la gran catástrofe en el Tahuari; esa ocasión en la que nuestra ciudad quedó bajo el agua, pues el cerro se vino abajo y tapó las riveras del Cuenca, sus afluentes se desbordaron e inundaron la capital de la provincia azuaya; nadie ni nada volvió a ser igual. Me contó que después de que chinos, gringos y rusos ayudaran a desfogar el agua quisieron reclamar como suyo el Ecuador a cambio de las acciones solidarias y desinteresadas que tuvieron que gestionar para salvar al puñado de personas que quedaron vivas después de la inundación, comenzó una guerra infame y cruel entre estos, siendo el campo de batalla mi ciudad. Ahora



no somos responsabilidad ni le interesamos a nadie hasta que se decida a qué país se nos anexará.

Toda su vida la pasó en el campo, en un pueblito de la zona este de Cuenca; rodeada de fragantes árboles de pino, grandes planicies de rosas y lavanda, regadas por lagunas de agua fresca a la sombra de grandes árboles de pino y eucalipto; aunque actualmente le recuerden el olor de un baño recién aseado. Hoy por hoy, reside en lo que queda de la ciudad, y la verdad no le costó nada acostumbrarse a este nuevo ambiente de cemento y barras de metal. Durante la caminata hacia los despojos del tranvía, que ahora es refugio de ciertos rebeldes que no aceptan el destino que ya se nos impuso. Me habló sobre cómo era la ciudad antes y después de la inundación; me explicó sobre la existencia de una gran iglesia colonial, esta representaba la audacia y la fe de los cuencanos aunque su lugar ahora lo ocupa el faro de la ciudad; ¿es un poco

sarcástico creer que ahora Dios sigue iluminando nuestro camino de regreso a casa? Siguiendo con la descripción de la versión antigua de la ciudad, me enteré qué en el lugar donde ahora se encuentra la sede del triunvirato antes era un lugar turístico, pues es el punto más alto de la ciudad, este era el mirador más visitado por propios y foráneos enamorados que se reunían para no pensar en el futuro y vivir su amor como su presente, la verdad es que no ha cambiado mucho, de todas formas nadie está pensando en un futuro para nosotros, ya que solo somos un número en el presente, una cifra en los activos del triunvirato, que trabaja hasta morir del cansancio o en manos de los rebeldes que se resisten a pertenecer a otro país que no sea del ya casi extinto Ecuador.

Mientras seguía hablando sobre las cosas que me hubiera encantado conocer de la ciudad vimos una

gran cantidad de hombres uniformados aglomerados en la entrada de la sede del Triunvirato Militar; esta figura representaba a la Comisión de Orden y Paz conformada por autoridades de los países en conflicto. Hace algunos días habían llegado desde la capital hombres de las fuerzas armadas para controlar los levantamientos en contra del proceso,

los argumentos de estos revoltosos se basan en que a pesar de que todos los países mostraban interés por la decisión que determine a qué territorio íbamos pertenecer, a nadie le importaba que los habitantes vivan como ratas. En los últimos años, muchas personas que expresaron su malestar por la dura condición de vida que teníamos, fueron reprimidas severamente, nadie los volvió a ver, seguramente están encarcelados, siendo torturados todos los días por pensar diferente. El abuelo cree que es mejor morir que vivir encarcelado aunque también cree que nuestra vida es una cárcel al aire libre.

De regreso a casa vimos cómo unos jóvenes que pintaban mensajes de protesta en el faro de la ciudad fueron abatidos cruelmente por los militares, uno de ellos tenía la misma edad que yo, era mi compañero del Programa de Instrucción Aprobada por el Triunvirato; sinceramente creí que era lo mejor, acabar con los inconformes revoltosos y nadie más se levantaría en protesta y moriría. Al momento que se fueron los militares, el abuelo se reprochó, se enjuició y se declaró culpable por el delito de homicidio por omisión. En ese momento no entendí por qué la muerte de esos jóvenes protestantes le afectó tanto, hasta al borde de las lágrimas. Intentaba calmar a mi abuelo, diciéndole que no era para tanto, que siempre mueren personas y que a lo mejor se lo merecían, esa última frase de intento de consolación acabó por soltar las lágrimas que forzosamente las retenía.

Entre llantos, me habló de su vida como profesor de Historia, me habló con vergüenza de cómo sus ideales habían sido abatidos por la guerra y la pérdida; se había olvidado de la pasión que sentían cuando ejercía su profesión. Tuvo un propósito aprender y enseñar sobre los grandes errores de la humanidad; aprender del pasado para crear una sociedad crítica, soñadora y revolucionaria; nunca callar ante las injusticias. De pronto, vi en sus ojos una luz que nunca había visto, el tono de su voz se alzó y desde sus entrañas salió un grito lleno de sentimiento y libertad **–YO SOY UN PROFESOR, QUE ENSEÑÓ SOBRE EL PASADO PARA CORREGIR EL PRESENTE Y NO ME CALLO MÁS.** Nunca más volví a ver su sonrisa curvada a la derecha en su boca, cuando lo vi por última vez, sus ojos reflejaban valentía y seguridad a pesar de que su final ya se había decretado; su muerte hizo que terminara de entender que nunca seríamos libres, si no lo intentábamos, podríamos morir, o tal vez no.